

qual fueron testigos que estaban presentes, Gonzalo de Sandoval, Alguacil mayor, é Alonso de Prado contador, é Rodrigo Alvarez Chico veedor por su S. M. é otras muchas personas.—Fecho ut supra.—
Juan de Rivera.

NUMERO XIV.

TRADUCCION DE LOS PASAJES DE LA CARTA DE CORTÉS,
RELATIVOS AL VIAJE A HONDURAS.

(He hablado tantas veces en el curso de mi obra de la carta quinta de Cortés, que poco me queda ya que decir acerca de ella. He transcrito estas páginas para dar al lector idea de lo muy difuso y descriptivo del estilo del general. La última mitad de la carta trata de los sucesos acaecidos en México durante la ausencia de Cortés y despues de su vuelta. Por lo tanto debe considerársela como parte de la série regular de sus cartas empezada á publicar por el arzobispo Lorenzana. Si se diese á luz otra nueva edicion de las cartas de Cor-

tés, no hay duda en que esta debería formar parte de la colección),

Un lago de considerable anchura y de profundidad proporcionada, era el obstáculo que teníamos que vencer: en vano buscábamos por todas partes el modo mas fácil de pasarlo, porque por todas era igualmente ancho. Los guías me dijeron que era inútil buscar por allí cerca un vado, pues el mas próximo estaba junto á las mottañas, para llegar á las cuales se necesitaban cinco ó seis dias de camino. Volvernos era recibir una muerte segura, pues independientemente de la falta de víveres, los caminos estaban intransitables á causa de las fuertes lluvias que acababan de caer. Nuestra situacion era angustiada en estremo: la desesperacion nos acometia por todas partes; ni un solo rayo de esperanza alumbraba nuestro sendero. Mis compañeros, agobiados de la fatiga, se habian enfermado antes de lograr el fruto de sus trabajos; por consiguiente, era inútil pedirles consejo en aquella situacion verdaderamente crítica. Fuera de nosotros y de nuestros caballos, nos acompañaban mas de tres mil quinientos indios. Habia una sola canoa, la cual era sin duda, la en que habian pasado el lago los primeros soldados que envié. Tanto al entrar como al salir de la laguna, habia pantános que hacian el tránsito muy dificultoso. Uno de mis compañe-

los entró en la canoa, y encontró que la profundidad del lago era de veinticinco piés; además con lanzas amarradas unas con otras, me cercioré de que el barro y el fango ocupaban cosa de doce piés; por manera que la profundidad total era de cuarenta piés. En tal conflicto, resolví hacer un puente que construimos yo y los otros españoles, mientras los indios cortaban la madera.

La empresa era de tal magnitud, que nadie creia que estaria concluida antes de que se hubiesen ya agotado nuestros víveres. Los indios se pusieron á trabajar con un celo digno de elogio; mas no así los españoles, que comenzaban á murmurar del trabajo que emprendian, sin esperanza de ver su término. El disgusto empezó á propagarse de uno en otro, hasta llegar á tal punto, que algunos tuvieron la osadía de hablar mal de mis disposiciones en mi misma presencia.

Herido vivamente con estas nuestras de rebelion do das en los momentos en que menos eran de esperarse, les dije que para nada necesitaba de su ayuda, y volviéndome á los indios que iban con nosotros, les manifesté la absoluta precision en que estábamos de redoblar nuestros esfuerzos para pasar al lado opuesto, si no queriamos perecer todos de hambre. Les apunté con la mano el lado opuesto, donde estaba la provincia de Acalan, y los alenté

con lo pintura de la abundancia de víveres que allí encontraríamos, sin contar, con los que nos proporcionasen las carabelas: prometí les también, en nombre de V. M., que serían copiosamente remunerados, y que ni uno de los que ayudasen quedaria sin recompensa

Mi breve discurso produjo los mejores efectos en los indios, que á una voz prometieron que su trabajo solo cesaria cuando cesase su vida. Los españoles avergonzados de su anterior conducta, se rodearon de mí suplicándome que les perdonase la falta pasada y alegando para disculparse, el miserable estado á que se hallaban reducidos, obligados á mantenerse con las insípidas raices que desenterraban, las cuales apenas bastaban para alimentar la vida.

Inmediatamente se pusieron á trabajar, y aunque muchas veces estuvieron á punto de desfallecer de cansancio, no volvieron á dar otra sola queja. Después de cuatro dias de incesante trabajo, el puente estaba concluido, y pudieron pasar por él hombres y caballos, sin tener el mas pequeño accidente.

El puente estaba tan sólidamente construido, que habria sido imposible destruirlo, si no era incendiándolo. Formábanlo mas de mil vigas, unidas entre sí, y cada una de las cuales era mas gruesa que el cuerpo de un hombre, y de sesenta piés de largo...

.....

A dos leguas de distancia de este lugar, comenzaban las montañas. V. M. no puede saber de mi boca ni de la de ningun hombre que no sea privilegiado, la áspera fragosidad de los lugares que subimos. Solamente aquel que haya pasado los trabajos del camino, ó que los haya presenciado, puede formarse de ellos idea completa. Me bastaria decir á V. M. para que se forme idea de las dificultades que vencimos, que tardamos doce dias en andar ocho leguas.

En el tránsito perecieron sesenta y ocho caballos que cayeron en los precipicios que habia de uno y otro lado del camino: los que escaparon quedaron tan estropeados, que no pensábamos que fuesen sensibles. Mas de tres noches se pasaron antes de que se recobrasen del cansancio del viaje. Jamas dejó de llover de dia y de noche, desde que empezamos la espedicion, hasta que la concluimos; y las peñas eran de tal naturaleza, que el agua corria sin que pudiésemos recoger en ninguna parte la cantidad bastante para apagar la sed. Así, este era un nuevo tormento, que se añadia á los otros que padecemos.

Algunos caballos perecieron por falta de un artículo tan esencial para vivir, como el agua, y á no ser porque en los vasos que servian para la cocina y otros, recogiamos la alga de las lluvias, todos ha-

briamos muerto de sed. Un sobrino mio cayó en una peña viva y se rompió una pierna en tres ó cuatro partes, de suerte que para llevarlo fué preciso que de trecho en trecho se fueran remudando los cargadores. Solo nos fataba andar una legua para llegar á Tenas, el lugar que he dicho que pertenecia al cacique de Jaico; mas allí se nos presentó un obstáculo formidable, un rio anchísimo y cuya corriente habia crecido con las continuas lluvias. Después de buscar por algun tiempo un vado, encontramos uno de los mas sorprendentes de que se haya oido.

Algunos enormes peñascos sobresalientes obstruian el curso del rio; por cuya causa el agua se desparramaba en rededor; mas entre los peñascos que formaban estrechos canales, corria con un ímpetu superior á toda ponderacion. De uno á otro peñasco pusimos troncos de árboles, derribados con mucho trabajo: á ellos atamos sogas de esparto, y de esta suerte, aunque con gran peligro de nuestras vidas, logramos atravesar el rio. Si álguien hubiera caido, habria perecido indefectiblemente. Habia mas de veinte pasos de estos, y en atravesarlos empleamos dos dias enteros.....

.....
Seria en verdad cosa difícil pintar á V. M. la alegría que se pintaba en todos los semblantes, cuando

recibimos esta nueva consoladora. Llegar al término de un viaje tan lleno de peligros y fatigas, como el nuestro habia sido, no podia menos de arrebatarnos de gozo. Los cuatro últimos dias de nuestra marcha habian sido muy angustiados, porque además de que no sabiamos si estábamos en buen camino, nos hallábamos en el corazón de unas montañas que por todos lados presentaban precipicios. Muchos caballos murieron en el camino; y un primo mio, llamado Juan Dávila, se cayó en un precipicio y se rompió un brazo, y á no haber sido por la armadura de que iba cubierto, se habria hecho pedazos; con todo, no solo se le rompió el brazo, sino que quedó muy estropeado: el caballo en que iba, como no tenia que lo guareciese, quedó tan maltratado que tuvimos que dejarlo dentro del precipicio, y en cuanto á mi primo, nos costó gran trabajo sacarlo de aquella peligrosa situacion. Seria cosa interminable referir á V. M. los muchos trabajos que hemos pasado; de los que el principal fué el hambre, pues aunque teniamos algun pan del que habiamos traído de México, se pasaron ocho dias sin que probásemos bocado.

El fruto del palmero, hervido con carne de cerdo y sin sal, porque nos la habiamos acabado algunos dias antes, era nuestro único sustento. El lugar á donde llegamos estaba igualmente exhausto de pro-

visiones, porque los que allí vivian, temian que los atacasen los españoles de un establecimiento vecino; temor infundado; pues segun la situacion en que encontré á los españoles, no estaban en situacion de causar el mas leve daño. Tanto nos alegramos de estar inmediatos á Nico, que olvidamos todos nuestros pasados trabajos; á la manera que el náufrago que cuando llega al puerto, no se acuerda de los peligros que ha pasado. Sin embargo, seguimos padeciendo el hambre, pues aun las insípidas raices nos costaba gran trabajo conseguirlas; y despues de emplear largas horas en sacarlas, eran devoradas en el menor tiempo imaginable.

NUMERO XV.

ULTIMA CARTA DE CORTES AL EMPERADOR

(Pongo aquí esta *última y sentidísima carta*, como la llama Vargas Ponce, quien la incluye en su importante coleccion sacada de los archivos de Sevilla. Justamente puede llamársele sentidísima, si se considera el tono triste en que está escrita y que contrasta con los anteriores, y las amargas circunstancias en que fué escrita. Sin embargo, cuando Cortés se lamenta de su pobreza, no debemos entender esto literalmente, pues cuando murió, tres años despues, dejó inmensos estados; bien que tuvo